

**Cuadernos  
E. S. C.**

**Carlos Alberto Guzmán Moncada**

***Tzvetan Todorov:  
poética, simbolismo literario e interpretación***

Textos de crítica y revisión bibliográfica preparados por el Proyecto  
“Ensayo, simbolismo y campo cultural” (Proyecto CONACYT 1000-PH)

**México, 1998**

# TZVETAN TODOROV: POÉTICA, SIMBOLISMO LITERARIO E INTERPRETACIÓN

Por *Carlos Alberto* GUZMÁN  
PROYECTO “ENSAYO, SIMBOLISMO  
Y CAMPO CULTURAL”

**L**A LABOR DE CRÍTICA E INVESTIGACIÓN desarrollada por Tzvetan Todorov (Bulgaria, 1939) comprende un período de poco más de tres décadas, desde principios de los años sesenta hasta nuestros días, y está integrada por más de quince títulos entre textos de teoría literaria, aproximaciones al estructuralismo, revisiones de los principales enfoques del símbolo y su relación con la literatura, delimitaciones de la poética y reflexiones sobre la alteridad, la comunicación humana y la vida cotidiana. No es la suya una propuesta limitable a una escuela o método de análisis, aun cuando reconoce sus orígenes y sus deudas, sino que se trata de una reflexión en proceso y aún no concluida, por lo que aquí nos centraremos sólo en algunos de sus planteamientos principales relacionados con los fenómenos del lenguaje y la literatura.

El nombre de Todorov está íntimamente ligado a dos hechos fundamentales en los estudios literarios franceses de finales de los años sesenta: por un lado, a la revisión del estructuralismo francés, hecha en los campos de la lingüística, la poética, la antropología, el psicoanálisis y la filosofía, encarnada en el volumen colectivo preparado para Seuil en 1968 por Ducrot, Todorov, Sperber, Safouan y Wahl; y por otro lado, a la aparición de la revista *Poétique*, íntimamente ligada a la figura de Roland Barthes y a los investigadores reunidos en la Escuela de Altos Estudios de París. Ambos hechos son, en buena medida, el punto de partida de las reflexiones de Todorov acerca del simbolismo literario. Sin resultar totalmente determinantes, van a marcar una orientación considerable a sus estudios e interpretaciones de los años setenta.

LAvisión más personal de Todorov acerca del símbolo y su relación con lo literario se encuentra en *Simbolismo e interpretación*, aparecido en francés a finales de los setenta y en español en 1982;<sup>1</sup> es de este texto que haremos la exposición más amplia en estas páginas. Sin embargo, lo planteado por Todorov establece relaciones de complementación y crítica con libros y artículos anteriores, cuyo punto de partida más sólido se encuentra en el ya citado volumen interdisciplinario *¿Qué es el estructuralismo?* (1968). Ya en *Análisis estructural del relato* (1966) y *Literatura y significación* (1967), Todorov había hecho patente su preocupación por desarrollar elementos de análisis textual que partieran de una comprensión global de los fenómenos literarios, comprendidos a su vez dentro de una visión más amplia de la comunicación humana, así como su interés en la manera peculiar en que se lleva a cabo la representación literaria, esto es, la manera en que la literatura “significa” o “simboliza”, y el modo en que, a lo largo de la historia, han sido interpretadas dichas representaciones. Por ello, no resulta extraño que sus primeras reflexiones articuladas acerca del simbolismo literario se inserten en el marco de una poética, entendida como una “teoría de la estructura del discurso literario”. Como el propio autor lo ha señalado reiteradamente, los planteamientos hechos en 1968 constituyeron una primera indagación, corregida y criticada en una reedición del volumen, a principios de los setenta, y a su vez complementada en el artículo “Introduction à la symbolique” (*Poétique*, 11 (1972), pp. 273-378), y ésta a su vez en *¿Qué es el estructuralismo? Poética* (1973). Por ello, al hablar aquí de “símbolo”, “simbolismo”, “interpretación” y “poética” tomaremos en cuenta las pequeñas afinaciones terminológicas hechas por Todorov hasta llegar a *Teorías del símbolo* (1977) y *Simbolismo e interpretación*, partiendo de los textos anteriormente citados.

La poética de Todorov retorna, por un lado, el planteamiento de Lévi-Strauss de construir modelos y métodos de análisis que permitan establecer una estructura subyacente a los fenómenos analizados, en este caso las obras literarias; y por otro, la noción de poética de Jakobson en tanto “ciencia literaria cuyo objeto no es la literatura sino la *literariedad*, es decir, eso que hace de una obra dada una obra literaria”. Para

---

<sup>1</sup> Tzvetan Todorov, *Simbolismo e interpretación*, trad. de Claudine Lemoine y Mária Sussotto, Caracas Monte Ávila, 1982, 2a. ed., 1992.

Todorov, el texto literario ha sido abordado desde dos planteamientos generales: uno que lo considera como un objeto de conocimiento suficiente, cuya interpretación no sería sino nombrar el sentido del texto examinado; y otro para el que cada texto **es** la manifestación de una estructura abstracta. **En** el primer caso, la fidelidad al objeto, al texto, choca con el hecho de que nunca se alcanza *el* sentido del mismo, sino sólo *un* sentido, y con el hecho de que toda obra constituye de por **sí** la mejor descripción de **sí** misma y, en ese sentido, la diferencia entre interpretación y descripción del sentido del texto **es** sólo de grado, no de naturaleza.

En el segundo caso el objetivo no **es** la obra singular, su descripción, la designación de su sentido, sino el establecimiento de leyes generales de las que ese texto **es** el producto. Se niega el carácter autónomo de la obra literaria, dado que ésta **es** manifestación de leyes exteriores a ella: el objetivo del estudio consiste en trasponer la obra al dominio que se considera fundamental, pues aquella **es** expresión de “algo” y hay que llegar a ese “algo” a través del código poético. El texto **es** ilustración de la ley.

Para Todorov, la poética quiebra esta dicotomía porque su enfoque **es** a la vez abstracto e interno. El objeto de la poética no **es** la obra literaria misma, sino las propiedades de ese discurso particular que **es** el discurso literario. El objetivo no **es** articular una paráfrasis o resumen de la obra concreta, sino proponer una teoría de la estructura y del funcionamiento del discurso literario, en la que las obras aparezcan como casos particulares realizados. De esta manera, la obra no aparece proyectada sobre algo distinto de **sí** misma. Una estructura heterogénea, sino sobre la estructura del mismo discurso literario. Poética e interpretación resultan complementarias, se alimentan mutuamente sin que esto impida reconocer en lo abstracto los objetivos de cada una de ellas, así como la importancia que a lo largo de la historia se ha asignado a una o a otra, a veces en detrimento de la comprensión del objeto estudiado.

A partir de esta toma de posición, Todorov plantea el acceso a la complejidad del texto literario mediante el reconocimiento de tres aspectos fundamentales: aspecto semántico, verbal y sintáctico. Esta distinción **es** importante porque de aquí se desprende la noción de simbolismo manejada por Todorov con más amplitud en textos posteriores. Para él, **es** posible partir de una gran división de relaciones observables en el texto literario: a saber, relaciones entre elementos copresentes, *inpruesentiu*, y relaciones entre elementos presentes y ausentes, *in abstenia*. Las primeras son relaciones de con-

figuración, de construcción: los hechos se concatenan entre sí, los personajes forman unos con otros antítesis y gradaciones, las palabras se combinan dentro de una relación significante por la fuerza de la causalidad, no de la evocación; son las, llamadas en lingüística, relaciones *sintagmáticas* y llevan a la distinción del aspecto *sintáctico*.

Las segundas, relaciones *in absentiu*, son relaciones de sentido y de simbolización. Tal significante “significa” tal significado, tal hecho evoca otro, tal episodio “simboliza” una idea. Son las relaciones llamadas en lingüística *paradigmáticas* y apuntan al aspecto *semántico* del lenguaje. Junto a ambos aspectos mencionados, hay que considerar los fenómenos vinculados con la representación verbal del sistema de la ficción: el aspecto *verbal*.

Para la poética, el reconocimiento del aspecto semántico apunta no hacia el sentido de una obra determinada, sino hacia las condiciones generales del nacimiento del sentido, y para ello ha de atender a dos preguntas, una formal y otra sustancial: *¿cómo significa un texto?* y *¿qué significa?* La respuesta a la primera pregunta nos lleva directamente al problema del símbolo, la simbolización y, en un segundo momento, al de su interpretación.

Todorov señala que para la semántica lingüística tradicional el problema de los “sentidos secundarios” y la “organización significante del discurso” era visto como un caso marginal o de segundo orden, siendo que ambos aspectos son esenciales para el discurso literario y que, además, han llamado la atención de pensadores y retóricos desde hace mucho tiempo. Apunta que la oposición sentido propio-sentido derivado, de carácter histórico o normativo, ha sido sustituida en la actualidad por la de proceso de *significación* (un significante evoca un significado) y el de *simbolización* (un primer significado simboliza un segundo). La significación está dada en el vocabulario (en los paradigmas de las palabras), mientras que la simbolización se produce en el enunciado (en el sintagma). La variedad abstracta de las relaciones que se establecen entre ambos sentidos fue denominada por la retórica clásica con términos como sinécdoque, metáfora, metonimia, antífrasis, hipérbole, lítote, etc., mientras que la retórica moderna las interpretó en términos lógicos de inclusión, exclusión, intersección, etc. Por el contrario, el simbolismo en estructuras superiores a la frase, esto *es*, la estructura simbólica de los discursos, apenas goza de una atención parcial. Para Todorov este segundo aspecto *es* importante porque está íntimamente vinculado con el acto global de la interpretación, esto *es*, por

el paso entre el texto literario y el texto crítico, lo que pondrá necesariamente en juego diversas hermenéuticas o reglas abstractas que rijan el funcionamiento de la exégesis; estará, pues, vinculado con lo que Todorov llama en otra parte simbolismo extratextual.

### *Simbolismo*

DEJAREMOSA un lado las cuestiones referentes a la segunda pregunta, *¿qué significa un texto?* (que atañen al problema de la referencialidad literaria y la verosimilitud del texto), así como aquellas que intervienen en los aspectos sintáctico y verbal, por cuanto dedicarles espacio aquí nos alejaría del tema del símbolo. Todorov mismo **es** consciente del espacio que este asunto demanda y por ello se limita a hacer referencias generales del simbolismo al estudiar los “registros del habla”, a partir de los cuales **es** posible establecer una relación de continuidad con sus posteriores reflexiones al respecto.

*Simbolismo e interpretación es*, dentro de la producción teórica de Todorov, el enfoque más personal y próximo a lo literario, en el cual **es** posible ver reunidas las sucesivas consideraciones del autor hechas a lo largo de una década. Para desarrollar su exposición, parte de la oposición *lengualdiscurso*: la primera, como abstracción con un léxico y una reglas gramaticales cuyo producto final son las frases; y el segundo, como la manifestación concreta de la lengua, producida necesariamente en un contexto particular donde, además de los elementos lingüísticos, intervienen las circunstancias de su producción (interlocutores, tiempo, lugar), y cuya manifestación concreta son los *enunciados*. Si la concretización de la *lengua en fiases* trae consigo una relación de *significación* (Beauzée) o *significancia* (Benveniste), inscrita en el marco de la ambigüedad y las referencias amplias, la particularización del *discurso* en *enunciados* manifiesta una relación de *sentido* (Beauzée-Benveniste), inscrito, enmarcado por el contexto que le otorga dicha particularización. El hecho de que cada enunciado, en su contexto, puede utilizarse e interpretarse de maneras distintas, da lugar a la distinción de un sentido *directo* y otro coexistente, el *indirecto*. Este último, inserto en un campo de sentidos indirectos, el campo del *simbolismo lingüístico*, sería el objeto de estudio de una *simbólica del lenguaje*. De este modo, Todorov plantea el tema de su libro: los problemas específicos del simbolismo lingüístico textual desde la perspectiva de una posible simbólica discursiva, en un ámbito particularmente literario.

Todorov establece su rechazo crítico a dos actitudes adoptadas frente a la distinción de sentido directo/indirecto: la de quienes, por principio, mantienen un no-reconocimiento del sentido indirecto, en particular la de los estudios lingüísticos que hace a un lado fenómenos como la metáfora, la ironía y la alusión; y por otra parte, la de quienes afirman sólo el sentido indirecto, considerando que todo **es** metáfora (las palabras *no dicen* a las cosas), y que, por lo tanto, la distinción entre sentido directo e indirecto **es**, en realidad, sólo de grado, no de naturaleza. Para él, **es** posible distinguir ambos sentidos tomando en consideración su dimensión lingüística (el directo emana de las palabras, el indirecto nace de lo sugerido, en el contexto), su orden de aparición (el directo **es** primero; el indirecto, posterior), y el número de sentidos (el directo, unívoco; el indirecto, plurívoco).

Al hablar de “simbolismo lingüístico”, Todorov considera que éste se encuentra comprendido por un fenómeno simbólico general, que surge por asociación y que, a veces, encarna en el lenguaje, se sirve de éste como soporte. Si el autor elige el término “simbolismo lingüístico”, consciente del simbolismo en general, **es** porque su interés se centra en las manifestaciones lingüísticas, **así** como en la solidaridad de lo simbólico y de la interpretación, en tanto producción y recepción de un mismo fenómeno, analizable desde la perspectiva tanto de la teoría general, que intenta dar cuenta de todas las posibilidades, como de la estrategia particular de producción y recepción.

En el caso particular de los textos literarios, Todorov considera que éstos nos revelan su carácter simbólico desde el momento en que, mediante un trabajo de interpretación, descubrimos en ellos un sentido indirecto: “algo” en ellos ha motivado nuestra reacción interpretativa y, en consecuencia, decidimos remontarnos hasta su raíz, hundida en la simbolicidad del texto mismo. Esta “decisión de interpretar” sería el primer paso de un proceso integrado por diversas operaciones y constituido por variados aspectos que el autor tratará de exponer, desde la perspectiva de una posible simbólica del lenguaje, para desarrollar en un segundo momento los problemas introducidos por las estrategias de interpretación. De inicio, para que la “decisión de interpretar se lleve a cabo” han de considerarse tres principios básicos: de acomodación, asimilación (Piaget) y de pertinencia. **Los** dos primeros, sucesivos en un orden fijo, **co**rresponden a nuestra primera reacción contra lo extraño, lo nuevo percibido: ante la incompatibilidad entre el sentido primero de la

palabra o frase y el contexto, nos adaptamos a él; después, establecemos una relación de asociación entre el sentido primero y el segundo, hasta que la secuencia verbal se ajuste a unos esquemas ya constituidos.

Estos principios actúan en conjunción con otro, de pertinencia, que parte de que si existe un discurso, también debe existir una razón que dé cuenta de su particularidad; el encuentro con lo no pertinente *es* lo que abre la vía de la interpretación. Ahora bien, ¿qué es lo que determina lo pertinente? En otras palabras, ¿hasta dónde llega lo interpretable, cuáles son sus límites? Para Todorov, hay al menos dos límites definibles: el “género” (entendido, según Boeckh, como un contrato establecido entre el autor y el lector que determina el modo de lectura a seguir), y las referencias al “marco ideológico”, casi siempre ocultas en el texto y sólo reveladas parcialmente por medio de ciertos *indicios textuales*, o medios que señalan un *status* textual, una forma posible de lectura. Todorov distingue entre indicios *sintagmáticos* (aquellos que surgen de la puesta en relación de un segmento con otros del mismo contexto, ya sea *por carencia*, como en los casos de la contradicción y la discontinuidad, *opor* exceso, como en la tautología o la repetición), e indicios *paradigmáticos* (que surgen de la relación de un segmento con la “memoria colectiva”, con el saber compartido de una comunidad, y que apuntan a lo *verosímil/físico*, comprobable en la experiencia, o a lo *verosímil cultural*, como en el caso de las normas o valores de dicha sociedad).

La participación de estos principios permite tomar la decisión de interpretar, después de lo cual se emprende la asociación o evocación simbólica que ha de eliminar lo extraño que se ha constatado. Dicha evocación presenta múltiples aspectos con sus particularidades, de ahí que Todorov considere cinco como los más importantes o más claramente discernibles: el papel de la estructura lingüística; la jerarquía de los sentidos; la dirección de la evocación; la estructura lógica; y el problema de la indeterminación del sentido. Todos ellos, más que integrar una serie de categorías de análisis, constituyen propuestas teóricas generales a partir de las cuales puede “problematizarse” el simbolismo textual en el marco de una interpretación concreta. Por ello *es* que a continuación sólo expondremos *grosso modo* sus rasgos esenciales, sin la ejecución interpretativa correspondiente.

1) La estructura lingüística desempeña un papel importante en el proceso de asociación o evocación, porque de acuerdo con el



nivel donde se opere el desbordamiento del significante por el significado, dará origen a un simbolismo *lexical o proposicional*. Para Todorov, el primero ha sido ya ampliamente tratado por la retórica clásica y moderna, sobre todo en su conexión con las figuras y los tropos, mientras que el segundo podría ser materia de una simbólica del discurso aún por desarrollar y cuyos planteamientos rudimentarios podrían ser, precisamente, éstos que desarrolla Todorov.

2) Hablar de un sentido directo e indirecto, un sentido metafórico, un vehículo y un poseedor (I. A. Richards), de denotación y connotación, **es** señalar una jerarquía en los mismos, una diferencia en cuanto a la naturaleza de ambos aspectos que Todorov no comparte; por ello, en lugar de atender a una primacía del sentido directo sobre el indirecto o viceversa, prefiere limitarse a plantear tres modos hipotéticos en que éstos pueden aparecer dentro de un discurso:

*a)* El *discurso literal*, que **es** aquel que significa sin evocar nada. Éste **es**, desde luego, un límite que ningún texto encarna, dada la naturaleza compleja de las palabras y de la presencia permanente de la presuposición. En realidad, el discurso literal no sería uno sin segundo sentido, sino aquél donde los segundos sentidos se encuentran enteramente sometidos al sentido directo.

*b)* El *discurso ambiguo*, donde varios sentidos del mismo enunciado se sitúan exactamente en el mismo plano. La ambigüedad puede ser de naturaleza sintáctica, semántica o pragmática, y en **sí** misma no **es** simbólica, mientras los sentidos sean directos y estén significados por el significante y no estén significados por un primer significado. Sin embargo, esta condición de ambigüedad puede conducir a la producción de un efecto simbólico.

*c)* El *discurso transparente*, que **es** aquél en el que el sentido literal ha sido desplazado enteramente en la fase de percepción. Desde el romanticismo, se denomina “alegoría” a esta clase de enunciados. Algunas obras moralistas y las fábulas se acercan a veces a este ideal, junto **con** el eufemismo y las “metáforas muertas”, si bien estos últimos ejemplos pertenecen al dominio de la polisemia y no del simbolismo.

Estos tres casos extremos -literalidad, ambigüedad y transparencia— son los que identificamos con mayor facilidad, pero entre ellos hay una amplia gama de casos no considerados, que no sabemos ni nombrar ni analizar, a diferencia de la poética sánscrita, por ejemplo. Todorov, por tanto, al referirse a ellos hace una delimitación negativa de las relaciones jerárquicas de los sentidos, cuya complejidad sólo evoca, sin tipificar.

3) Al hablar de la evocación puesta en marcha con la decisión de interpretar, debe tomarse en cuenta su naturaleza múltiple y cómo ésta **es** acotada de acuerdo con la *dirección* en que los interlocutores la hacen funcionar. **De** ahí que Todorov plantee la consideración de los siguientes aspectos, vinculados con el enunciado y la enunciación, la intertextualidad, la extra e intratextualidad y, finalmente, la relación con el contexto (paradigmático y sintagmático). En el primer caso, los procedimientos de la evocación pueden fundarse, o bien en el *contenido del enunciado* (el interlocutor parte del objeto del enunciado y le añade un contenido del mismo orden), o bien puede poner en juego el *hecho de la enunciación* (el enunciado se percibe como acción, no como medio para transmitir una información, y la implicación concierne al que habla, no al sujeto).

En el segundo caso, la dirección de la evocación puede tener que ver con la intertextualidad, según aquélla apunte o no hacia otro texto, y puede ser cuantitativa o cualitativa. Hay que considerar que los hechos intertextuales se sitúan en el límite del campo simbólico y algunas veces lo rebasan; en lo intertextual, no toda referencia a lo ausente **es** simbólica, pues aquélla puede quedar comprendida dentro de una relación *figural*.

De manera análoga, hay que tomar en cuenta, para el tercer caso, si la evocación del sentido indirecto procede del texto mismo o si **es** exterior a él, **es** decir, si se trata de una evocación intratextual o extratextual. En S/Z, Barthes llama al primero *código sémico* y al segundo *código simbólico*.

Por último, en el cuarto caso puede considerarse no tanto la dirección de la evocación propiamente dicha, sino la naturaleza de los medios que permiten establecer el sentido indirecto; esto es, la referencia al contexto inmediato, *sintagmático*, y la referencia al saber compartido por los miembros de una sociedad, o *contexto paradigmático*. En la práctica, recurrimos a ambos registros mediante la enunciación explícita y la referencia implícita, poniendo en acción una memoria pasiva cuyo contenido se actualiza mediante la focalización que realiza, precisamente, la frase dada.

4) La relación entre sentido directo e indirecto plantea el problema de su estructura lógica, de los términos lógicos en los que se plantea: como una relación general-particular, general-general, particular-particular, etc. Esta categorización de las relaciones dio pie históricamente a una terminología “lógica”, una “psicológica”, una de “simbolismo lexical” y otra de “simbolismo proposicional”, susceptibles de ser homologadas hasta ciertos límites. Sin embargo,

para Todorov estos esfuerzos taxonómicos son excesivos y no tienen más que un interés puramente práctico; no dicen nada de fondo sobre la naturaleza de los hechos simbólicos. “Manipular conjuntos más limitados **es** ciertamente más cómodo”, dice el teórico búlgaro, “pero no aporta ninguna información sobre la naturaleza de los objetos agrupados”.

5) Finalmente, Todorov plantea el problema de la indeterminación del sentido, partiendo del reconocimiento de que, si bien la evocación simbólica nunca podrá igualar la explicitación discursiva, ello no significa que el proceso simbólico ha de ser, sin más, indeterminado por esencia. No **es** lo mismo reconocer la indeterminación constitutiva de toda evocación **in absentia**, que considerar que todo proceso simbólico **es** la radical indeterminación; para él, **es** posible hablar de evocaciones fuerte y débilmente determinadas. **Así** lo reconoce, por ejemplo, la retórica moderna al hablar de *diáfora* (asociación indeterminada) y *epífora* (asociación controlada). Sólo el primer caso apuntaría a un “simbolismo indecible”, como en los casos extremos de Rimbaud, Maeterlinck o Kafka, mientras que el segundo estaría constituido por un saber determinado del cual carece el lector y que origina la dificultad; su desciframiento abriría la vía hacia la comprensión. De cualquier modo, ambos casos ponen de manifiesto la necesidad de reconocer en qué grado un discurso arraiga su simbolicidad en la indeterminación, con la finalidad posterior de abordarlo desde una perspectiva analítica que no quede encerrada en una estéril “mística de lo inefable”.

### *Interpretación*

**H**EMOS dedicado las páginas anteriores a la primera fase del proceso simbólico, aquella relativa a su producción. Siguiendo los planteamientos de Todorov, nos hemos referido al ámbito general de la poética, entendida como una teoría de la estructura del discurso literario, para ubicar en su contexto el planteamiento de una posible simbólica del discurso. Falta aún aludir al segundo momento, no menos importante, de la interpretación. Para ello, Todorov hace un recuento crítico de las dos estrategias analíticas que, desde su punto de vista, tipifican los modos fundamentales de aproximación a un texto en la tradición occidental: la exégesis patristica y la filología.

Si interpretar significa siempre poner en equivalencia dos textos, el del autor y el del intérprete, interpretar trae consigo dos elecciones sucesivas: imponer limitaciones a la asociación de los dos

textos o no imponerlas; y en el primer caso, unir las al texto de partida, al texto al cual **se** llega o bien al recorrido que va de uno a otro. En la historia de la interpretación occidental, Todorov considera que la aplicación de limitaciones al texto de llegada define una interpretación finalista, representada por la exégesis patrística: en ella, se reconoce la existencia de dos sentidos, el inmediato de las palabras que forman el texto de la Biblia, y el sentido último de la doctrina cristiana. La interpretación nace de la distancia entre ellos dos, no **es** más que el recorrido que, por medio del establecimiento de ciertas equivalencias, nos permite unirlos e identificarlos uno con otro. En el otro caso, el de las limitaciones impuestas sobre las operaciones, se lleva a cabo una inversión en el modo de apreciar la interpretación bíblica sobre todo con Spinoza en su *Tratado teológico-político*, donde se afirma que la determinación del sentido de un texto debe cumplirse independientemente de toda referencia a la verdad de ese texto, lo que abre la puerta al posterior desarrollo de la filología moderna, eminentemente operacional.

Todorov recurre a esta revisión histórica de ambas estrategias porque encuentra en ellas los dos modos dominantes de aproximación interpretativa en la tradición occidental, al mismo tiempo que percibe en la sustitución histórica de una estrategia por otra una modificación ideológica relevante que pone de manifiesto la imposibilidad de sustracción histórica o ideológica en los métodos de interpretación. La oposición entre exégesis patrística y filología desemboca en el establecimiento de *interpretaciones finalistas*, como sería para Todorov el caso de la crítica marxista o la freudiana, e *interpretaciones operacionales*, como el análisis estructural de Lévi-Strauss, Detienne o Jakobson. Sin embargo, hay que señalar que ambos modos ilustran, con su desigualdad de insistencia sobre ciertos aspectos del acto interpretativo, las oscilaciones en la historia de la hermenéutica occidental, a la vez que ponen de manifiesto que ninguna interpretación **es** libre de presupuestos ideológicos ni **es** arbitraria en sus operaciones.

De esta manera, se cierra en *Simbolismo e interpretación* el paréntesis abierto en la poética referente al aspecto semántico vinculado con la simbólica. Esto no quiere decir que el simbolismo textual pueda agotarse desde los planteamientos anteriores, dado que no constituyen categorías en las que deba hacerse entrar cualquier texto, sino que apuntan hacia una serie de “principios de problematización” de lo simbólico en un texto concreto. Además, desde la perspectiva de una poética estructural como la planteada por

Todorov, no **es** éste el Único aspecto al que debe prestársele atención: quedan pendientes los aspectos sintáctico y verbal, **así** como la vinculación de ambos textos, el del productor y el del receptor, con su marco ideológico. Tarea en la que el análisis estructural puede aportar elementos valiosos que permitan superar tanto el aislacionismo operacional como la asimilación finalista, en beneficio de una interpretación más *comprehensiva*.

\* \* \*

**P**REOCUPADO de tiempo atrás por los fenómenos simbólicos, las diferentes teorías de símbolo y las posibles vías de interpretación que éstas plantean, Tzvetan Todorov se dedica en *La Conquista de América. El problema del otro* a reflexionar acerca de lo semiótico puesto en relación: la percepción del otro y las conductas simbólicas que ésta genera son sus principales centros de atención. Parte de la idea de que toda investigación sobre la alteridad **es** necesariamente semiótica, y recíprocamente, lo semiótico no puede ser pensado fuera de la relación con el otro. Para él, el lenguaje sólo existe por el otro, no sólo porque uno siempre se dirige a alguien, sino también en la medida en que permite evocar al tercero ausente. “**A** diferencia de los animales”, escribe Todorov, “**los** hombres conocen la cita textual”. La existencia misma de ese otro se mide por el lugar que se le dedica en el sistema simbólico.

Para desarrollar su reflexión, Todorov recurre al recuento de una historia ejemplar: la del descubrimiento y conquista de América, más específicamente del Caribe y México, a partir del centenario de años que siguen al primer viaje de Colón, con una unidad de acción: la percepción que tienen los españoles de los indígenas, con la Única excepción de Moctezuma y los que lo rodean. La estrategia analítica intenta ser, por **sí** misma, una puesta en práctica de la primera afirmación del libro: “quiero hablar del descubrimiento que el *yo* hace del *otro*”. Para el autor, sus “fuentes” ya constituyen un primer grado de alteridad por descubrir y con la cual ha de relacionarse; el segundo grado, son sus propios lectores. De aquí que no intente ni asimilar ni desplazar a las voces de sus “otros”, sino “dialogar” con ellas, y de ahí también que el estilo sea mayoritariamente descriptivo, expositivo, aunque no deje fuera ni la interpelación, ni la trasposición, **ni** la interpretación de los mismos.

Los cuatro grandes apartados del libro ilustran lo que para Todorov son las fases o las tendencias del enfrentamiento con el otro de la historia ejemplar de la Conquista, elegida por él, sin pretender elevarla a categoría ejemplar de toda relación con el otro: descubrir, conquistar, amar y conocer. A partir de los testimonios escritos de sus protagonistas -Colón, Cortés, Las Casas, Sahagún y Cabeza de Vaca, entre los principales—, Todorov va construyendo una posible tipología de las relaciones con el otro. Sabe que éstas no se constituyen en una sola dimensión, pero las ubica en tres ejes o planos fundamentales que pueden ayudar a situar la problemática de la alteridad: el *plano axiológico*, el *plano praxeológico* y el *plano epistémico*.

El primero, axiológico, se plantea como un juicio de valor: el otro **es** bueno o malo, lo quiero o no lo quiero, **es** igual o **es** inferior a mí. El segundo, praxeológico, me acerca o me aleja en mi relación con el otro; adopto sus valores, me identifico con él, o lo asimilo, le impongo mi propia imagen; entre la sumisión al otro y la sumisión del otro hay un tercer punto: la neutralidad o indiferencia. En el tercer plano, el epistémico, conozco o ignoro la identidad del otro, en una gradación infinita en los estados de conocimiento.

Aunque hay relaciones y afinidades entre estos tres planos, Todorov reconoce que no existe una implicación rigurosa: ni se pueden reducir unos a otros, ni se puede prever uno a partir del otro. Esto **es** evidente en las lecturas que el autor hace de los testimonios de Colón, Cortés o Las Casas. El primero ejemplifica cómo, a partir de una actitud asimilacionista, el “descubrimiento” del otro no se lleva nunca a cabo: finalista, sabe de antemano lo que va a encontrar; primero cree, luego busca la evidencia que confirme la creencia, no descubre América; la encuentra donde sabe que **estaría**; muy distinta **es** su relación con los indígenas, a quienes o integra al paisaje, o integra a **sí** mismo; los ve no como iguales, sino como idénticos, proyecta **sus** valores en ellos (“son la mejor gente del mundo” **es**, en **su** asimilacionismo, una frase autorreferente), o bien, reconoce una diferencia que es manejada en un plano de superioridad-inferioridad (no hay una sustancia humana “otra”, sino la misma “degradada”). **Así**, de su asimilacionismo inicial pasa al franco reconocimiento de la diferencia como desigualdad, y de ahí al esclavismo declarado. Por ello, Todorov afirma que “Colón descubrió América, pero no a los americanos”, el mismo año que España expulsa a su heterogeneidad musulmana y judía, pero a la vez, la introduce irremediabilmente en Europa con la presencia del otro indígena.

A diferencia de Colón, Cortés da muestras desde un inicio de preocuparse por conocer al otro: busca información, y no **es** extraño que antes que nada busque un intérprete. Gracias a la información recibida, Cortés se entera de las divisiones entre los naturales, y las utiliza en su favor. Se da un encadenamiento del conocimiento, una inicial apertura para comprender al otro, **con** el *comprender*, abarcar, tomar al otro, para aniquilarlo. Todorov se pregunta por qué los españoles comprendieron, admiraron a los aztecas, y sin embargo, los destruyeron. Anota que en las descripciones de Cortés, los indígenas son sujetos reducidos al papel de productores de objetos, como artesanos o juglares: habla bien **de** los indios, nunca a los indios. Considera que si el comprender no va acompañado de un reconocimiento pleno del otro como sujeto, esta comprensión corre el riesgo de ser usada para fines de explotación: el saber se subordina al poder. En el enfrentamiento de las posiciones de **Las Casas** y Cortés, Todorov ve cómo no **es** posible reducir o prever el problema de la alteridad a los planos antes expuestos, sino sólo distinguir cómo **es** complejo dicho problema: Las Casas conoce a los indios menos bien que Cortés, y los quiere más; pero los dos coinciden en su política común de asimilación. El conocimiento no implica el amor, ni a la inversa, y ninguno de los dos opta por la identificación con el otro. Conquistar, amar y conocer son comportamientos autónomos y, hasta cierto punto, elementales. La doctrina de la igualdad postulada por **Las Casas** se opone a la de la desigualdad, “los indios son inferiores”, que justifica su destrucción, pero pone en discusión el problema de la identidad y la diferencia: la diferencia se degrada en desigualdad, y la igualdad, en identidad. Esto **es** percibido por **Las Casas** al final de su vida, cuando propone un amor por los indígenas que ya no **es** asimilacionista, sino distributivo y perspectivista: relativiza el concepto de barbarie, pues cada quien **es** el bárbaro del otro, y para serlo basta con hablar una lengua que ese otro desconoce; su postura lo lleva a la renuncia, la vía neutra: que los indios decidan su propio porvenir.

Todorov considera que la historia de la Conquista **es** ejemplar por cuanto puede servirnos para entender, de algún modo, nuestras actuales relaciones con el otro; no que sea una imagen fiel de dicha relación, pues ni Cortés **es** igual a Colón, ni nosotros iguales a ambos, sino que plantea algunas cuestiones esenciales que hoy debemos reconsiderar. Para Todorov, el otro está aún por descubrir. Su conocimiento tiene varios grados, desde el otro como objeto, confundido con el mundo que lo rodea, hasta el otro como sujeto, igual

al yo, pero diferente de él, con un infinito número de matices intermedios. Cada individuo debe iniciar este conocimiento, pero también tiene una historia, una forma social y cultural determinada. En esta historia, desde la Conquista y desde hace más de trescientos cincuenta años, Europa occidental se ha esforzado por asimilar al otro, por hacer desaparecer su alteridad exterior, y en gran medida, para Todorov, lo ha logrado. Este éxito de la cultura europea se debe, en su opinión, a la capacidad de los europeos para entender a los otros, al modo de Cortés. Primero **es** el interés por el otro, “meterse en su piel”, así sea de manera provisional, domina la emisión de los mensajes en un código apropiado; después, viene la asimilación de los otros a su propio mundo. El igualitarismo, ya sea en su versión cristiana occidental o en su papel de ideología de los Estados capitalistas modernos, sirve a la expansión colonial.

Para Todorov, en el plano ideológico sería deseable el reconocimiento de la igualdad sin que implique necesariamente identidad, y diferencia sin que degeneren en superioridad/inferioridad, **es** decir, las ganancias de los modelos igualitarista y jerárquico: “Aspiramos a volver a encontrar el sentido de lo social sin perder la cualidad de lo individual”. En suma, vivir la diferencia en la igualdad. **A** través de los ejemplos de su historia, particularmente de Durán o Sahagún, Todorov piensa que puede afirmarse una nueva exotopía (en términos bajtinianos): una afirmación de la exterioridad del otro paralela a su reconocimiento en tanto sujeto. Pero no deja de reconocer que nuestra época también vive en la parodia de estos modelos: el amor neutro, la justicia distributiva lascasiana, vaciada de sentido, se convierte en un relativismo donde todo vale lo mismo y donde el perspectivismo lleva a la indiferencia y a la renuncia a todo valor. El descubrimiento que el *yo* hace de los *ellos* que lo habitan puede parodiarse en la desaparición del *yo* en el *nosotros*, propia de los regímenes totalitarios. Del exilio de quien vive en dos culturas a la vez, sin identificarse con ninguna, puede pasarse a una sociedad de exiliados, donde **el** diálogo de las culturas cesaría.

En el ámbito de su historia ejemplar, Todorov no pretende dejar una moraleja, pero admite que no por conocer la historia vamos a saber qué debemos hacer; su ejemplo **es** instructivo, pero nunca estaremos seguros de que al no comportarnos como los protagonistas de ésta, no estamos imitándolos, dado que nos adaptamos a las nuevas circunstancias. En último caso, **es** ejemplar porque nos permite reflexionar sobre nosotros mismos, sobre las semejanzas y las diferencias, y porque el conocimiento de uno mismo pasa por el conocimiento del otro.